

MÓNICA DE LA TORRE

Una última *vez*



Índice

Mi verdadera vocación	13
Para que fuéramos bilingües	19
De eso no tenía ninguna duda	25
Es mi trabajo	31
Me gusta el plan.....	39
Eso no nos importó.....	47
Me invitas tú a cenar.....	53
Porque me quedé inconsciente.....	59
Mira a quién te he traído.....	61
Algún mensaje esporádico	65
La gente a la que quiero	69
El resto del día	75
Quería estar en forma.....	81
Nos quedamos dormidos.....	87
Algo dentro de mí me lo gritaba	93
Una niña sería genial	99
Tenía que ser así.....	103

Que me dio tiempo a asimilar	109
Quise arriesgarme	117
Estaba orgullosa de mi perro.....	121
Ya estaba de camino.....	125
Cómo debíamos proceder.....	129
Y ahora vamos a trabajar	139
Al igual que el día siguiente	143
Me parece buena idea	149
Jacob tenía razón	155
Al final se rompe.....	161
El camino hacia mi destino	165
Un placentero sueño	169
No pudo resistirse	177
Ya no lo vi más	183
Delante de nosotros	189
Venga, vamos a dormir	193
Una... dos... tres... ¡ahora!.....	197
¡Vete a la mierda!	201
Encontrarme con Jacob	209
¿Por qué dolía tanto?.....	217
La aventura estaba a punto de comenzar.....	223
Una pequeña cena.....	229
Mis problemas	233
Un chaval de quince años	239
Abrí el mensaje	249

Estaba siendo sincera.....	253
En algún momento de mi vida.....	259
¡Qué ganas tenía de verla!.....	267
Entre lágrimas y sollozos	269
Había dormido muy bien	275
Nuestra puerta de embarque	279
Estaba frente a mí.....	283
Completamente pegados	287
Lo llevaremos en secreto	293
Desayunamos y nos preparamos.....	299
Para ir a trabajar	305
Me resistía a creerlo	311
Me dejé caer en la cama	317
Me fui al hospital.....	323
Subí de nuevo a mi oficina.....	331
Salía con rapidez de allí.....	337
Contar con tanto misterio	341
Se dejó llevar	345
Una buena idea.....	351
¿Cómo ha podido engañarme?	357
Todo mi cuerpo.....	363
No lo sé, y ahora nunca lo sabría	369
O, por lo menos, intentarlo	375
Por el trabajo y por la casa	381
Me sonrió.....	387

Lo que mis ojos estaban viendo	395
Sí, claro que quiero.....	405
Epílogo.....	413
Agradecimientos	415

¿Cómo una persona que no es romántica puede escribir novela romántica? Esa es la pregunta que me hacen muchas veces. Mi contestación es sencilla, yo lo veo como si fuera ciencia ficción y como algo irreal.

A la gente le gusta leer este tipo de historias porque se adentran en ellas y les hace soñar con una mejor vida. Mientras leen, se olvidan de sus propias vidas.

Leer te hace soñar.

Leer te hace vivir mil vidas en tan solo una vida.

Mi verdadera vocación

Jacob y yo estábamos en la pista. La música comenzó a sonar y nosotros empezamos a deslizarnos con destreza por el hielo. Por fin habíamos cumplido nuestro sueño de participar en los Juegos Olímpicos de invierno. Tokio fue la ciudad elegida este año y solo seis parejas por país tenían el privilegio de asistir a la modalidad de patinaje artístico. Pensé que sería imposible llegar hasta aquí, pero, contra todo pronóstico, lo conseguimos.

Mi compañero fue el culpable de todo. Él me convenció para empezar a practicar este deporte. Yo patinaba muchas veces, pero como un simple *hobby* que hacía cuando me aburría o cuando quería pasar un buen rato.

Jacob y yo, junto con Emma, éramos amigos desde que empezamos la secundaria. Ella tocaba el piano de una manera virtuosa, se notaba que tenía un don. Yo estuve un par de años intentándolo, pero no era lo mío. Emma tenía hoy una audición para una beca con la sinfonía de Viena y yo estaba convencida de que lo conseguiría. Siempre conseguía todo lo que se proponía. Era buena en todo.

Hacía dos días que había cumplido dieciocho años y lo celebré aquí, en Japón. Mi madre, en el aeropuerto internacional de Van-

couver, me hizo mi primer regalo. Un colgante con mi signo del zodiaco, Acuario.

Jacob y yo hacíamos los pasos con total precisión, como si fuéramos uno solo. Todo iba de maravilla. Él se deslizaba hacia atrás con un solo pie en el suelo, la otra pierna en el aire en posición horizontal y los brazos abiertos en cruz.

Yo, daba vueltas sobre mí misma. Dos, tres, cuatro... Conté mentalmente y cuando llegué a seis paré, porque me tocaba patinar hasta mi compañero para que me cogiese en brazos y me elevase hasta lo más alto.

Él estaba en la otra punta de la pista y empecé a deslizarme, pero algo hizo que se me torciese el pie y caí al suelo, golpeándome con la rodilla en el duro hielo. Grité de dolor y Jacob vino corriendo hacia mí.

—Sarah, ¿estás bien?, ¿qué te ha pasado?

—¡Me duele! ¡Me duele! —solo era capaz de decir eso.

El equipo médico llegó sin demora y tras examinarme *in situ*, me recogieron en una camilla que transportan dos personas y me llevaron a la enfermería.

Una mujer me quitó los patines con sumo cuidado, pero yo chillé de dolor. No lo pude evitar. Jacob estaba a mi lado, me cogió de la mano y se la apreté con fuerza para así intentar mitigar mi dolor.

—Tranquila, estoy contigo —dijo acariciándome el pelo.

—No aguanto el dolor, Jacob.

—Sarah, no te preocupes. Voy a administrarte algo para el dolor ahora mismo. ¿Tienes alguna alergia reseñable? —se apresuró a decir el médico.

—No, que yo conozca.

Patrick llegó corriendo y se acercó a mí. Era nuestro instructor.

—¿Cómo estás?, ¿qué te ha pasado?

—No lo sé. No lo sé. Tropecé, me caí..., no sé. Me duele mucho.

Y claro que me dolía. Tanto el tobillo como la rodilla estaban inflamados y amoratados. Intenté aguantar el dolor, lo prometo, pero cada vez que me tocaban... ¡Buf! Casi veía las estrellas, literalmente hablando.

Me hubiera gustado que mi madre estuviera aquí ahora, pero estaba muy lejos y pensé en que quizás me había visto por la televisión y ahora estuviese preocupada.

—Patrick, por favor. Llama a mi madre y dile que estoy bien. Dijo que me iba a ver por la tele y seguramente estará preguntándose cómo estoy.

—Vale, la llamaré ahora.

Vi de reojo cómo sacaba su teléfono y se lo colocaba en la oreja. Poco después me lo pasó y pude hablar con ella. La tranquilicé, pero estaba de los nervios.

—Mamá, hablamos después. ¿Vale?

—Bien, hija. Cuando sepas algo más, llámame.

—Te quiero, mamá.

—Y yo, mi niña.

Le devolví el teléfono a mi profesor que intercambió unas palabras más con mi madre y luego colgó.

Me inmovilizaron la pierna con una férula. Ahora me dolía menos, gracias también a que me habían administrado medicina por vena y me hizo efecto enseguida.

—Sarah, te vamos a llevar al hospital. Hay que hacerte una resonancia.

La ambulancia ya estaba fuera, y tanto Jacob como Patrick me acompañaron. Tenía miedo, lo confieso. Primero, por la lesión, y segundo, porque estaba muy lejos de casa.

Tardamos en llegar al hospital, pero enseguida me atendieron y me llevaron directa a la zona de resonancias. No entendía lo que decían, ya que hablaban en japonés, pero uno de los que allí

trabaja se defendía un poco en mi idioma e intentó explicarme el procedimiento.

Tenía que estar más de veinte minutos sin moverme en una incómoda camilla y con un ruido infernal, pero aguanté lo que hizo falta con tal de que me diesen un diagnóstico pronto.

Al terminar la resonancia me llevaron a un lugar amplio. Una estancia con varias camillas separadas por cortinas y allí dejaron estar a Patrick y a Jacob conmigo. Estuvimos esperando alrededor de una hora y, finalmente, el médico llegó.

—Hola, Sarah. ¿Cómo te sientes?

—Ahora un poco mejor. No siento tanto dolor. ¿Qué tengo?

—En la resonancia hemos visto que en la rodilla tienes una lesión de ligamentos de segundo grado. Es un desgarró parcial, pero hay que pasar por quirófano.

—¿Y el tobillo?

—Es un esguince, nada que no se cure con analgésicos, antiinflamatorios y descanso.

—¿Cuándo podré volver a patinar?

—Me temo que no podrás, al menos de forma profesional. Sería muy peligroso.

—¿Qué?

Estaba claro que este era mi final, deportivamente hablando. No sabía el tiempo que tendría que estar ingresada, ni el tiempo de recuperación, ni nada. Solo pensaba en que mis padres no podían viajar, porque el vuelo era muy caro y tenían trabajo en su tienda.

Al día siguiente todo estaba preparado para la operación. Nunca había estado ingresada, y mucho menos me habían operado. Estaba acojonada y atemorizada. Dos personas me vinieron a buscar y me despedí de mi compañero y de mi profesor,

que se quedaron toda la noche conmigo. Les habilitaron unos sofás reclinables para que estuviesen cómodos.

La sala de quirófano era fría y sobria. Parecía que estaba yendo al matadero. Me colocaron en posición fetal y me administraron anestesia epidural, y poco tiempo después ya no sentía nada de cintura para abajo. Colocaron un arco a la altura de mi pecho, lo cubrieron con una sábana verde y ya no pude ver nada más. Solo escuchaba ruido y gente hablando, pero no entendía ni una sola palabra. Nada.

El tiempo pasó muy lento allí adentro. Demasiado. Intentaba no pensar en lo que pasaba y empecé a planear mi futuro.

Pasaron varias horas y por fin se había terminado la cirugía. Me llevaron a una sala de recuperación por si se complicaba algo. Allí estaba sola porque no podía pasar nadie. Un señor de los que estuvo en el quirófano se acercó a mí.

—Todo ha salido bien —me informó el que había sido el cirujano con un inglés poco fluido, pero era más de lo que me esperaba—, pero no podrás volver a hacer esfuerzos con esa rodilla, ¿de acuerdo?

—Gracias —contesté sin ganas.

¿Qué iba a hacer después de esto? ¿Cómo iba a afrontar este revés? ¿Qué sería de mi vida? Todavía no tenía las respuestas a esas preguntas y me temía que tardaría varios meses en saber cuál sería mi verdadera vocación.

Para que fuéramos bilingües

Parecía que fuese ayer cuando me lesioné la rodilla en las olimpiadas de invierno y ya habían pasado siete años. Siete largos años en los que solo iba a patinar a escondidas de todos, intentando recordar los buenos tiempos. ¿Qué hice después? Pues en un arrebato compulsivo y viendo lo bien que le iba a mi hermano, quien era tres años mayor que yo, y con lo curiosa que era yo para todo, entré en la academia de policía.

Con mucho esfuerzo, fui subiendo de rango rápidamente hasta que, hace poco más de una semana, entré en la brigada antidroga en la que trabajaba Oliver, mi hermano.

Éramos seis en la unidad. Peter Anderson era el jefe y tenía entre cuarenta y cinco y cincuenta años. Owen White de una edad similar a la de Peter, pero algo más joven, y era el segundo de abordo. Margot Smith era la única mujer del grupo hasta que llegué yo. Era muy inteligente y no se le escapaba nada, era la treintañera del grupo. Y después estábamos Oliver, Sawyer Moore y yo, la benjamina, como todos me llamaban.

Hoy teníamos mucho trabajo, sobre todo, de papeleo. De madrugada hicimos unas cuantas redadas y ahora debíamos hacer los informes. Cada uno se encargaba de una parte y así, entre todos, acabábamos antes.

Tenía ganas de llegar a casa y meterme en la cama. Hacía seis meses que me había mudado de casa, antes de eso vivía con mis padres, Ángela y James. Ellos tenían una tienda de comestibles desde que se habían casado hacía casi treinta años. No vivía mal con ellos, sino todo lo contrario, pero necesitaba algo de independencia y de espacio propio.

Emma vivía en Austria, ya que, finalmente, consiguió la beca para la sinfonía de Viena, aunque venía de vez en cuando y también hablábamos por teléfono.

Jacob consiguió ir a las siguientes olimpiadas y también ser medalla de plata. No nos veíamos tanto como nos gustaría. Era ingeniero informático y sé que de vez en cuando trabajaba en colaboración con la policía, pero nunca con nuestra división.

Entre él y Emma hubo algo, aunque nunca llegué a saber bien qué fue, porque ninguno de los dos quiso decirme nada y yo respeté su decisión. Al fin y al cabo, esas eran cosas suyas y privadas.

—¡Por fin! —exclamó mi hermano estirándose en su silla—. Ahí os queda mi informe. Me voy a dormir, bueno..., si Anna me deja.

Mi hermano se echó novia hace unos pocos meses y vivía solo para ella. Estaban en esa etapa de la relación en la que eran como dos lapas, pero se les veía muy bien juntos.

—Qué suerte tienes, idiota. —Así de cariñoso era siempre Swayer con Oliver.

—Mariquita, no tengo culpa de teclear más rápido que tú en el ordenador. —Y esa era la respuesta de mi hermano a su compañero.

Se llevaban bien desde que empezaron a trabajar juntos. Peter los llamaba Zipi y Zape, porque eran de edades similares y parecidos en algunos aspectos, con la diferencia de que Swayer era rubio y mi hermano moreno. Siempre estaban el uno para el otro y a veces, liando alguna que otra.

—Que os sea leve. —Margot se levantó de su escritorio y dejó sus papeles en la mesa de Peter.

El jefe era el último en irse, siempre tenía que leer todos nuestros informes, darles el visto bueno y firmarlos.

Owen se tuvo que ir nada más terminar la última redada, su mujer lo había llamado por algo relacionado con su hijo pequeño.

—¿Cómo vas? —Swayer estaba en la mesa del al lado—. Acabo de terminar. Si quieres, te ayudo.

—Como quieras. No me queda demasiado, pero todavía hay partes del formulario que no logro entender bien. —Era la verdad.

Él se acercó a mi mesa con su silla y entre los dos terminamos lo que me quedaba. Nos despedimos de Peter y salimos.

Marzo estaba a punto de llegar y ya no hacía tanto frío. Por lo menos para mí. Cuando llegaban turistas decían que el frío era inaguantable, pero era porque no estaban acostumbrados.

—Te puedo llevar a casa —se ofreció mi compañero.

—No es necesario. Tengo mi coche ahí —contesté y señalé mi Chevrolet Silverado.

Siempre me habían gustado los todoterrenos y, en cuanto tuve oportunidad, me lo compré. Aquí venía muy bien tener un coche con tracción a las cuatro ruedas, sobre todo, cuando nevaba. A no ser que te gustara deslizarte con el coche por la nieve como si estuvieras haciendo *snowboard*.

La casa no estaba demasiado lejos de la comisaría y tardé poco más de diez minutos en llegar al edificio donde vivía. Entré con el coche en el aparcamiento y, después de dejarlo en mi plaza co-

rrespondiente, subí en el ascensor hasta llegar a la cuarta planta donde estaba mi apartamento. No era muy grande, pero se sentía acogedor. Póquer, mi pastor alemán de siete meses de edad, me recibió en la puerta moviendo la cola y lamiéndome las manos.

—Hola, pequeño. ¿Cómo estás? ¿Me has echado de menos?

Seguía llamándole «pequeño», a pesar de que ya había crecido mucho desde que lo adquirí con tan solo un mes y medio de vida, cuando yo llevaba viviendo en esta casa solamente dos semanas. Era grande y suave como un peluche.

Antes de acostarme a dormir, le puse el arnés y lo saqué a la calle para que hiciera sus necesidades. No tardó mucho y en veinte minutos ya estaba en mi cama acurrucada y deseando dormir. Mi perro se acostó a mis pies.

Dormía profundamente cuando el teléfono sonó. Lo busqué con los ojos cerrados por la mesita de al lado de mi cama hasta que lo encontré. Descolgué sin mirar.

—¿Sí?

—Hija, ¿estabas durmiendo?

—Sí, mamá. Trabajamos toda la noche.

—Perdón, no quería despertarte. Solo te llamaba para decirte que podías venir hoy a cenar. Hace mucho que no nos vemos.

—Mamá, solo han pasado dos semanas desde la última vez.

—Sarah, eso es mucho tiempo. Todavía no nos acostumbramos a que no estés en casa.

—Lo sé, mamá. —Me senté en la cama y Póquer se movió y se quedó finalmente a mi lado—. A mí también se me hace raro tener que poner mi propia lavadora, hacerme mi propia comida o limpiar la casa... —bromeé.

—¿Solo me quieres para eso?

—No, mamá —me reí—. Estaba de broma. Yo también os echo de menos. Iré hoy a cenar, ¿vale?

—Perfecto. Prepararé tu plato favorito.

—Mmm... vale, mami.

—Por cierto, también vendrán Oliver y Anna.

—*Okey*.

Mi plato favorito era el *tourtière*, se preparaba con masa de pan y carne cortada en trozos que podía ser de venado, cerdo o vaca, pero mi madre prefería una mezcla de las dos últimas. Era originario de Quebec, de donde era mi padre, y por eso tanto mi hermano como yo hablábamos inglés y francés sin problemas. Mis padres acordaron que él nos hablaría en francés y ella en inglés para que fuéramos bilingües.
